

CELCIT. Dramática Latinoamericana 407

FRACTALES

Alejandro Ricaño

Para Ana Lucía Ramírez, por su inocencia necesaria

PERSONAJES: M (4) / F (4)

Ana

Cecilia

Jesús

Jesús

Yesica

Tío

Tía

Campos

I.

Ana:

Yo no sabía lo que era un fractal.

Es una figura geométrica, nos explicó el maestro de matemáticas, que se repite hasta el infinito.

Un copo de nieve, por ejemplo -nos decía- es una figura geométrica fractal.

Y dibujó un copo de nieve en el pizarrón.

Si tomamos cualquier parte de esta figura, y la contemplamos con un microscopio, encontraremos que está formada por figuras idénticas a la figura original.

Y cada una de esas figuras, a su vez, estará formada por varias figuras idénticas a la original.

Y así y así y así.

¡Hasta el infinito! Exclamó con los brazos levantados, intentando ilustrarnos el tamaño del infinito.

Pero nosotros todavía no concebíamos el infinito.

Los brazos del profesor acaso nos habían dado la imagen de algo apenas más grande que el fovissste donde estaba nuestra secundaria.

Igual nos quedamos boquiabiertos.

La idea de los fractales me fascinó a partir de ese momento.

Y más tarde, cuando me volví actriz, se me ocurrió que los papeles pequeños en las películas eran como los fractales.

Contienen la esencia de la historia, aunque una aparezca sólo unos segundos.

Por eso creo que mi oficio es fundamental.

Algunos nos llaman extras.

Pero si nos contemplan de cerca.

Cuidadosamente.

Descubrirán que somos fractales.

II.

Ana:

Antes de cruzar la puerta, me viene a la memoria esa tarde.

Estamos al pie de la jacaranda pelona, esa que estaba afuera de la escuela.

Alrededor de nosotras, los gritos.

¡Chíngatela, Anita! ¡Pártele la madre!

Siento un pellizco inmenso en la boca de la panza.

Veo a Cecilia acercarse hacia mí, y luego nada. Despierto con una gasa en la cara. Delante de la gasa, un doctor me acomoda el tabique con unas pinzas. Al lado mío, Cecilia llora y me pide perdón junto a su madre.

Yo entonces no sabía que a Cecilia la violarían más tarde.

Tampoco que mis padres, cuando murieron, se habían abrazado tan fuerte que fue difícil separarlos.

Ni que un día, veinte años más tarde, estaría detrás de una puerta, recordando mi primera pelea, esperando a ser llamada para hacer un casting para una película de Ñárritu.

III.

Ana:

El Atlántico,

Según se viaje,

Le toma a uno, poco más o menos, que 12 horas cruzarlo.
Si se va de México a España, como yo,
Las horas son 12,
Porque se va correteando a la Tierra en la misma dirección que gira.
De ida la tierra huye.
De regreso se acerca.
Antes de aterrizar, contemplo las ciudades pequeñas allá abajo.
Qué pedacitos del mundo ocupamos
Pienso desde acá arriba.
Aterrizamos.
Recojo mi maleta de la banda.
A qué viene, me pregunta el de la aduana.
Un casting.
¿Para una película?
De Iñárritu. Biutiful.
¿La de Bardem?
Ajá.
Sella mi visado.
Tomo un taxi.
Pego la nariz al cristal de la ventana.

IV.

Ana:
Hay que ir un poco más atrás.
En la escena 56 de Amores perros, minuto 72, ocurre un momento fundamental.
Gael García está a punto de abordar el autobús. Espera a Vanessa Bauche. Y sabemos que ella no va a llegar. Pero eso no es lo importante, ellos son lo de menos. Hay una mujer, una boletera, que se acerca a Gael y le dice “¿Va a abordar?” ¡Ahí está la esencia de la película! Esa mujer, tan misteriosa, viene a descifrarnos todo el discurso de la película. “¿Va a abordar?” ¿Qué quieren decir esas palabras? No sé los demás, pero para mí es bastante obvio que es el personaje central de la historia.
Yo iba a interpretar ese papel.
Pero no pude.
Justo antes de entrar al casting sentí ese maldito pellizco en la boca del estómago.
La promesa que le había hecho a Jesús era estúpida.
Pero era una promesa, al fin y al cabo.
Y mi madre se había muerto antes de enseñarme a romper una promesa.

V.

Ana:

Mi novio se llama Jesús. Nuestra historia es ordinaria, nos conocimos en un bar. Se acercó, me preguntó mi nombre y luego fingió interesarse en lo que hacía.

Jesús: ¿Actriz?

Ana: Ajá.

Jesús: Órale, que raro.

Ana: ¿Tú?

Jesús: Contador.

Ana: Órale que... común.

Ya más borracho me besó y yo le di mi teléfono.

Al día siguiente fuimos al cine pero no alcanzamos la función.

Jesús: ¿Quieres ir a mi casa?

Me dijo.

Ana: Sí.

Y esa tarde hicimos el amor.

Después de acostarnos con cierta frecuencia, yo le pregunté qué éramos.

Y desde entonces somos novios.

La primera vez que lo invité a verme actuar en una obra de teatro, yo tenía que besar a alguien en escena.

Jesús me esperó al final de la función.

¿Quieres hacer algo? Le pregunté.

Y él solo negó con la cabeza.

Después me llevó a mi casa y no dijo una sola palabra en todo el camino.

¿Nos vemos mañana? Le pregunté antes de bajar del carro.

Sí, dijo con otro movimiento de cabeza.

A la mañana siguiente fui a buscarlo a su casa.

Estaba con un libro entre las manos.

Jesús: Estuve leyendo, Anita.

Me dijo.

Ana: ¿Sí?

Jesús: La poética.

ANA: ¿La poética?

Jesús: De Aristóteles.

¿Por qué iba a leer él la poética de Aristóteles?

Jesús: Porque quiero involucrarme con lo que haces.

Algo no me cuadraba. Se acomodó los lentes, y, después de una breve pausa, continuó.

Jesús: Es curioso lo que dice.

Ana: Curioso.

Jesús: Dice que el teatro es mimesis, ¿no? Es decir, la recreación de una presencia.

Decía.

Jesús: Es decir, que un árbol en escena, por ejemplo, no es el árbol, ¿me sigues?

Ana: ...Mjá.

Jesús: Es la recreación de la presencia de un árbol. ¡Pero no es el árbol! Porque las cosas no son las cosas, ¿sí? Pero ese árbol, en escena, al no ser el árbol que representa, es otro árbol que, por sí solo, es real.

Yo estaba a punto de babear por las comisuras de la boca sin entender una palabra.

Jesús: Es decir que cuando tú interpretas a un personaje, Anita, no eres ese personaje, sino una recreación de la presencia de ese personaje, pero tú, en escena, al no ser ese personaje, eres tú misma; es decir que cuando besas a alguien en escena ¡Estás siendo una maldita golfa!

Ana: ¿Yo?

Jesús: ¡Contradice a Aristóteles golfa!

Era difícil contradecir a Aristóteles, pero sobre todo era difícil contradecirlo a él. Los novios siempre tienen la razón, sobre todo cuando una está emputadamente enamorada de ellos.

Jesús: ¡Por ejemplo! Cuando yo voy a un table, Anita, y toco a estas señoritas, ¿habría alguna diferencia si voy en personaje? ¿Podría decir que en realidad no era yo quien las tocaba? ¡Ah!

Levantó su dedo índice y luego lo dobló, como si hiciera una interrogación.

Jesús: ¡Dime! ¿Dejaría de ser yo mismo?

Ana: ¡Es distinto!

Jesús: ¿En qué sentido?

Ana: Pues... No lo sé, Jesús, sólo sé que es distinto, el asunto es que es imposible discutir algo contigo.

Jesús: ¡Ah! Porque tengo la razón.

¿Tenía la razón?

No lo sabía. A partir de ese momento evité hacer cualquier escena en la que tuviera algún tipo de contacto con otro hombre o en la que tuviera que enseñar algo más allá del hombro o la rodilla.

Cuando le dije que iba a hacer un casting para Amores perros, encontró un argumento verdaderamente contundente para persuadirme de no ir.

Jesús: ¿Y entonces?

Ana: ¿Y entonces qué?

Jesús: ¿Te vas a encuerar?

Dijo sosteniéndome la mirada, con la ceja levantada.

Jesús: Porque yo he visto que en un casting lo primero que les piden es que se encueren.

Ana: Tú has visto.

Hizo una pausa, y echó la ceja abajo.

Jesús: No, no presencialmente. Nunca he estado en un casting, pero lo sé de sobra.

Ana: Ah.

Jesús: De sobra, Anita.

Continuó, y volvió a levantar la ceja.

Jesús: Te envuelven. Uno llega, así, inocentemente, ¿no? Y de pronto, como no queriendo la cosa, te hablan de una escena en la playa.

¿Una escena en la playa?

Jesús: Lo mismo me pregunto yo, ¿una escena en la playa? Sí, te dicen, una escena en la playa. Así es que sácate los pechos.

Ana: ¿Sácate las pechos?

Jesús: Quizá con otras palabras.

¿Qué clase de playa es? Le pregunté.

Jesús: Una nudista, donde una se saca los pechos. Y tú no quieres romper la ficción, así es que te sacas tus pechitos.

Estás en sentada en una silla, leyendo de una hoja, le expliqué, ¿por qué te ibas a sacar los pechos?

¡Porque estás en una playa nudista! Respondió manoteando, como si él mismo fuera el director de la película.

Ana: No hay ninguna playa nudista, toda la historia ocurre en la ciudad de México.

Jesús: ¡Es lo que digo yo! ¿Por qué entonces te piden que te saques los pechos?

Ana: No lo sé... Ya me confundiste.

Todo es parte de un plan para que se la termines chupando al director, dijo ya con las dos cejas levantadas.

Ana: ¿Sí?

Jesús: ¿Se la quieres terminar chupando al director, con las tetas al aire creyendo que estás en una playa nudista?

Ana: No.

Bien. Entonces no vayas a ese casting, dijo, y se echó indiferente en el sillón, como si no hubiera pasado nada.

Ana: Ok, mi amor....

Jesús.- Promételo.

Yo sólo había hecho dos promesas en mi vida: la primera había sido a mi padre, y cargaba con ella desde los cinco años; la segunda había sido a mí misma y consistía en prometerme no volver a hacer una promesa nunca.

Pero Jesús parecía tan indefenso. Después de todo su discurso sólo era un hombre asustado porque alguien pudiera estar con su mujer.

Y pronuncié la tercera promesa de mi vida.

Ana.- Te lo prometo, Jesús.

De modo que, antes de cruzar la puerta para hacer el casting, sólo pude pensar en eso.

Y perdí la oportunidad de ser la misteriosa mujer del minuto 72 de Amores perros.

Pero la idea de ser uno de los fractales de las películas de Iñárritu se quedó adherida a mí como la imagen del periódico de la muerte de mis padres. Cuando vino el casting de 21 gramos estuve tentada a ir, pero no pude. Luego vino el de Babel. Y la promesa seguía ahí, incrustada. Hasta que tuve motivos para romper mi promesa y tomar un avión a Barcelona para hacer un casting para Biutiful.

VI.

Ana:

El casting es en el sexto piso de un edificio en el barrio gótico.

Estoy de pie frente ellos.

Frente a su mesa extensa.

El piso de duela.

Tres grandes ventanales,

a través de los cuales puede verse, al fondo,

por encima de un par de tejados, la casa de Gaudí,

con sus colores,

y sus formas misteriosas,

y más allá,

La Rambla.

La duela rechina según me acerco.

Cuando quieras linda,

Dice uno de ellos, sin prestarme mucha atención.

Bien.

Bien, digo con la voz entre cortada.

Tomo la hoja para leer,

Pero yo me sé todo de memoria.

Conozco cada palabra.

Es un papel pequeñito,

Un par de líneas que quizá editen.

Que quizá terminen en un “aquí está su café”

Pero que a mí me revelan el mundo.

Que a mí me hablan de una soledad interminable.

“Aquí está su café”, y con él mi vida entera, se me ocurre.

Cuando quieras, linda

Repite el hombre que me advierte en otro sitio.

“Y con él mi vida entera...”

¿Linda?

Sí.

Sí, perdón.
Comienzo a leer.
Pero algo falta en mis palabras
Algo que no faltaba cuando resonaban en mi cabeza
Algo que estaba ahí. Cuando me imaginaba leyendo en ese sitio.
Es todo.
¿Perdón?
Que es suficiente
Dice una mujer sin voltear a verme, mientras anota algo en un papel.
¿Puedo hacerlo de nuevo?
No, no es necesario.
¿Por qué no?
La mujer interrumpe sus anotaciones.
Me contempla por encima de sus lentes.
Se miran entre ellos.
Bien, dice finalmente, hazlo de nuevo.
Respiro hondo,
Bajo el papel.
Lo digo de memoria para impresionarlos.
Pero algo falta nuevamente.
Algo, como si las palabras estuvieran huecas.
Yo misma me interrumpo.
¿Algo falta, verdad?
No estás expresando nada, dice el hombre.
Es como si estuvieras bloqueada.
¿Bloqueada?
Emocionalmente.

VII.

Ana:
“Es como si estuvieras bloqueada”
Antes de cruzar la puerta, pienso, me viene a la memoria esa tarde.
Estamos al pie de la jacaranda pelona, esa que estaba afuera de la escuela.
Alrededor de nosotras, los gritos.
¡Chíngatela, Anita! ¡Pártele la madre!
Siento un pellizco inmenso en la boca de la panza.
Veo a Cecilia acercarse hacia mí, y luego nada. Despierto con una gasa en la cara. Delante de la gasa, un doctor me acomoda el tabique con unas pinzas. Al lado mío, Cecilia llora y me pide perdón junto a su madre.

Antes de cada casting, me viene siempre a la memoria ese momento. Es mi primer recuerdo de haber tenido miedo.
Incluso cuando mi abuela entró a mi cuarto para decirnos lo de mis papás, no sentí ese pellizco en la boca del estómago que sentí justo antes de que Cecilia me rompiera el tabique.
“Es como si estuvieras bloqueada”
Sólo puedo pensar en mi nariz rota.
En la adrenalina agujerándome la panza.
En el consultorio del ministerio público.
En ese maldito gesto imborrable del doctor.
Antes de cruzar la puerta para hacer un casting, siempre pienso en Cecilia.

VIII.

Cecilia: ¿Quieres un cigarro?
Ana: ¿De fumar?
Cecilia: ¿De qué otra cosa, idiota?
Anita: ¿Tú fumas?
Cecilia: ¿Quieres o no?
Ana: ¿De dónde los sacaste?
Cecilia: Me los dio un amigo.
Ana: ¿Del callejón?
Cecilia: Te lo prendo y después tú te lo fumas.
Prendió el cigarro y luego me lo puso en la boca.
Cecilia: Yo así empecé a fumar, prendiendo cigarros. Jala el humo y conténlo.
¿Así? Le pregunté tratando de que no se me escapara el humo con mi pregunta.
Cecilia: No tarada, en tus cachetes no, conténlo en tus pulmones.
Ana: ¿Cómo?
Cecilia: Tienes que darle el toque.
Me quitó el cigarro y le dio una fumada, después inhaló haciendo ruido con la lengua, como si tragara saliva, como cuando algo te pica mucho.
Cecilia: ¿Viste?
Ana: Ajá.
Intenté hacer lo mismo, pero apenas sentí el humo en mis pulmones, empecé a toser.
Ana: Duele.
Cecilia: Al principio, después los pulmones se acostumbran. El Jova me regañaba cuando tosía. Aguanta morra, me decía, aguanta, no te va a pasar nada. Y en una tarde ya estaba yo fumando. El Jova es bien chido, dice que cuando me crezcan más las chichis voy a ser su novia. Tienen un cuarto en un hotel, ahí viven todos, como si fuera una colmena, ¿sabes?

A lo que Cecilia se refería era a una comuna, pero yo entonces tampoco sabía cómo se le llamaba.

Un día, Cecilia no llegó a dormir a su casa.

¿No está aquí Cecilia? Preguntó su mamá en la puerta de mi casa, a las 11 de la noche.

No, oí decirle a mi mamá. Es decir, a mi tía. No ha venido para cá.

Mamá de Cecilia: ¿Anita no sabrá nada?

¡Anita! Gritó mi mamá.

¿Qué, tía?

Tía: ¿Tú no sabes a dónde se fue Cecilia?

No, tía.

A la mañana siguiente, cuando Cecilia seguía sin aparecer, fueron todos a interrogarme a mi cuarto.

Tía: ¡Tú sabes algo!

Ana: ¿De qué?

Tía: De Cecilia, ¿de qué va a ser?

Ana: Pues no.

Mamá de Cecilia: ¿Te dijo si iba a ir a algún lado?

Ana: No.

Mamá de Cecilia: ¿Sabes si tiene otros amigos?

Ana: Los del callejón.

Tía: ¿Los del callejón?

Ana: Tienen una colmena en un hotel del centro.

Era todo lo que sabía. Cecilia nunca quiso llevarme con los del callejón porque decía que eran sólo sus amigos.

Así es que yo no podía reconocer a nadie.

Fueron al callejón pero no encontraron nada.

Después fueron a varios hoteles, pero nadie les daba razón de nadie.

Nadie, absolutamente nadie, había visto entrar a una niña de 12 años en su hotel.

Finalmente, en una posadita, mientras preguntaban en la recepción, Cecilia salió de uno de los cuartos.

Estaba en calzones, tambaleándose descalza con los ojos medio abiertos.

Yo estaba en la ventana de mi cuarto cuando vi llegar a Cecilia con su madre en el asiento trasero de una patrulla.

Venía envuelta en una cobija, cuando todos los vecinos se amontonaron alrededor de la patrulla.

Antes de entrar a su casa, Cecilia se detuvo en medio de la calle y volteó hacia mi ventana. Pero no supe si alcanzaba a verme.

Alcé mi mano, lentamente, para saludarla, cuando ella se dio la vuelta y se metió a su casa.

Más tarde, llegaron los del callejón en la batea de una camioneta de la policía para que la mamá de Cecilia los identificara.

No parecían asustados, ni apenados, ni nada.

Más bien parecía que estaban aburridos.

Cuando la mamá de Cecilia salió de la casa y reconoció al Jova, comenzó a gritarle.

¿Por qué le hiciste eso a mi hija?

¡Te voy matar cabrón! Le gritaba ¡A matar!

Pero el Jova apenas si le prestaba atención.

Después la camioneta se fue y hubo que meter a jalones a su casa a la mamá de Cecilia.

A la mañana siguiente Cecilia tuvo que ir a rendir su declaración, o al menos eso me dijo.

Tocó mi puerta.

Acompáñame al ministerio público, me dijo.

Yo era niña.

Y era estúpida.

Ve, me dijo mi mamá. Acompaña a tu amiga.

Mi mamá... Bueno, mi tía también debió ser estúpida.

Lo último que esperé ver fue a un doctor, con una lamparita y guantes de látex, asomado entre las piernas de mi amiga.

Habían dejado la puerta entre abierta y yo no pude evitar mirar por encima de mi hombro, sentada en la banquita de afuera, mientras esperaba.

Cuando se quitó los guantes, el gesto del doctor me dio esa sensación que tienes de niño cuando ves por accidente algo que es “malo”.

No era un gesto de horror, sino un gesto cotidiano, que debía repetir tres o cuatro veces por día.

Camino al ministerio Cecilia me había dicho que todo era muy confuso para ella.

Cecilia: Estaba en el callejón.

Me dijo.

Cecilia: Y el Jova me quitó mi mochila. Yo pensé que estaba bromeando, pero después vi que se iba en serio con mi mochila. ¡No manches, Jova! Le grité.

Regrésame mi mochila. Pero el Jova ya se había ido.

Tenía mi cámara fotográfica y cincuenta pesos, me dijo Cecilia.

Cecilia: Mi mamá me iba a matar si no regresaba con la cámara.

Estaba llorando en el callejón, siguió contándome, cuando me encontró el hermano del Jova.

Cecilia: Tu hermano me robó mi mochila, le dije cuando me preguntó qué me pasaba. Tranquila, me dijo, está jugando. Voy a ir a la policía. Tranquila, me decía, está jugando. Ahorita vamos al hotel.

Cecilia hacía grandes silencios entre un recuerdo y otro.

Cecilia: Como no paraba de llorar fue a la tienda y me compró un jugo. Toma, me dijo, para que te calmes.

Después fueron al hotel.

Cecilia: Ahí estaba el Jova, con mi cámara. Se asustó cuando nos vio entrar. ¡Qué pedo! Le dijo a su hermano. Tranquilo, dale su mochila. ¡Qué pedo! Le decía el Jova a su hermano. ¡Dale su puta mochila, cabrón! Le gritó.

Pero cuando le dio su mochila, me dijo Cecilia, sintió que las paredes del cuarto se apretaban contra ella y tuvo que sentarse. Después no recuerda nada. Imágenes de gente entrando y saliendo de la habitación. Una mujer que la inyectaba.

Cecilia: No sé qué pasó ahí dentro.

Pero el doctor sí lo sabía, y su expresión nos lo había dejado claro a todos.

Quizá fue la indiferencia en su semblante la que me provocó un frío repentino en todo el cuerpo.

Sabía que habían violado a Cecilia, pero nadie podía saber que yo lo sabía.

Ya podemos irnos, dijo Cecilia al salir, tratando de parecer despreocupada.

Después de eso, Cecilia actuaba como si no hubiera ocurrido nada. Pero algo en ella había cambiado para siempre. Era como si, no sé, hubiera dejado de ser niña.

Un día, en la escuela, se supo de una niña que tenía dos novios.

A media clase, Cecilia la tiró de su banca y comenzó a golpearla en el suelo. Eres una puta, le gritaba.

Así: ¡Pinche puta! Pero la niña ya estaba inconsciente, atragantándose con sus dientes.

Después Cecilia empezó a andar con todos los del salón.

Todos sabían que Cecilia era la que “ya cogía”.

Nunca hablamos de lo que le había pasado.

Una tarde, mientras estábamos comiendo, así, de pronto, me dijo: todavía cuando me despierto, lo primero que veo es al Jova encima de mí.

Pensé que debíamos hablar, pero cuando iba a decir algo, ella se levantó y se fue.

Después su familia se mudó y ya no supe más de ella.

Muchos años después la vi en la calle, de una banqueta a otra.

Embarazada.

Caminando de la mano del Jova.

(Silencio)

Hay cosas dentro de uno, supuse, que, cuando se rompen, sólo existen maneras extrañas de repararlas.

Y hay cosas que simplemente no podemos explicar, pensé.

Y ya no le di más vueltas al asunto.

Al regresar a mi casa, me detuve en medio de la calle.

Durante minutos contemplé el reflejo del cristal de la ventana de mi cuarto,

Tratando de ver hacia adentro.

Pero no pude.

IX.

Ana:

Yo no sé los demás, pero a mí casi nunca me alcanzan las palabras.

Ahora, por ejemplo, no me alcanzan para explicar una cosa que siento cuando conozco a alguien, pero que no reconozco desde el principio.

Algo me llama la atención de alguien, ¿no? y me da por creer que se trata de alguna conexión, hasta que descubro que cierto gesto, cierta actitud, cierta manera de reírse, me recuerda a alguien que extraño.

Creo que así han iniciado todas mis relaciones fallidas.

Hasta ahora todos mis novios se han llamado Jesús. No es ninguna casualidad.

Pero yo no sé a qué Jesús busco en todos ellos, porque el primer Jesús que tuve era un verdadero hijo de puta.

En cualquier diccionario, junto a la palabra patán, debe aparecer su fotografía, por si alguno quiere tener su imagen.

Tengo 18 años. Estoy formada para sacar una ficha. Quiero estudiar en la facultad de teatro.

Muy cerca de mí, un tipo me observa el culo.

Él cree que no me doy cuenta porque lleva lentes oscuros.

Pero una siente cuando alguien le ve el culo con insistencia. La mirada es tan fuerte que se siente como un roce, y, al rato, se siente como un dedo jodiéndote.

El tipo me observa el culo. Quince minutos. Veinte. Hasta que llego al final de la fila.

Recojo mi ficha y voy de regreso. Imposible evitarlo, pienso, voy a topármelo de frente y él sabrá que yo sé que me estuvo contemplando el culo durante un tiempo considerable.

Hola, me dice.

Y antes de que pueda decirle “oye, es una descortesía que le veas el culo a alguien con tanta insistencia” se quita los lentes y sus ojos provocan que me trague las palabras.

Es un gordo de 105 kilos.

Su panza es la de una mujer embarazada.

Podrían preguntarle si va a ser papá o popó.

Pero sus ojos son cautivadores.

Hola, alcanzo a decirle cuando recobro el habla.

Jesús: ¿Vas a entrar a la facultad?

Ana: Sí. Bueno, eso espero.

Jesús: Si quieres yo puedo ayudarte a preparar tu examen

Ana: ¿Sí?

Jesús: Sería un placer.

Ana: Ok...

Me deshago en un charco y me retiro de ahí, lo más dignamente que puedo.

Quince minutos después, le llamo a mi mejor amiga.

Ana: Soy yo, Ana.

Yesica: ¿Dónde estás zorra?

Ana: En la facultad de teatro, vine a sacar mi ficha.

Yesica: ¿Apenas? Yo fui el lunes.

Ana: Conocí a alguien.

Yesica: ¿¡Al gordito de ojos lindos!?

Ana: ¿Gordito?

Yesica: Sí, de ojos bonitos.

Ana: Bueno, este es más bien como un marrano, pero tiene los ojos lindos.

Yesica: ¡Sí, ese! Déjalo zorra, yo lo vi primero.

Jesús había prometido ayudarnos a las dos a preparar nuestro examen.

Pero yo había decidido que no competiría con mi mejor amiga,

A pesar de que los ojos del gordito fueran tan encantadores.

Nos veíamos por las tardes en su casa.

Nosotras nos arreglábamos y nos rellenábamos como podíamos los brasieres.

Siempre que llegábamos lo encontrábamos leyendo o haciendo ejercicio.

Aunque no parecía más culto ni más atlético.

Nos ayudaba a preparar nuestras escenas.

Y nos hablaba de directores rusos y polacos.

De Stanislavsky, de Grotovsky y de Chilinsky.

Era tan interesante que poco a poco nos fuimos enamorando de él.

Cierta madrugada nos envió un mensaje.

Es urgente que hable con ustedes.

Temo que tengo que darles una mala noticia.

A la mañana siguiente, cuando llegamos a su casa, encontramos la puerta entre abierta.

Adelante, nos gritó desde adentro.

Estaba sentado en la orilla de su cama, observando gravemente el piso.

Me estoy muriendo, murmuró.

Ana: ¿Cómo?

Jesús: De cáncer.

Ana: ¿En dónde?

Jesús: Aquí mismo, ¿en dónde va a ser?

Ana: Quiero decir que en qué parte del cuerpo tienes cáncer.

Jesús: Ah. En... en la piel.

Ana: ¿En la piel?

Jesús: Es tan corta la vida, y el oficio de vivir tan difícil, que cuando uno empieza a aprenderlo, ya hay que morir.

Debió aprenderse la cita de Sábado durante horas que pareció por un momento que cada una de las palabras le brotaban en ese instante.

Luego se echó a llorar. Sus 105 kilos torcidos en un llanto.

Jesús: No quiero volver a verlas.

Dijo entre pucheros.

Jesús: Quiero que tengan un recuerdo lindo de mí. No quiero que me vean así.

Por favor váyanse.

¡Estamos enamoradas de tí! Gritó Yesica como si hubiera contenido esas palabras desde que Jesús nos dijo que se estaba muriendo.

Jesús: ¿Cómo?

Interrumpió su llanto.

Yesica: Que estamos enamoradas de tí. Y no vamos a abandonarte ahora.

¿Verdad, Ana?

Ana: No.

Yesica tomó su mano y la llevó a su pecho, procurando que alcanzara a rozar su seno, aunque éste consistiera en un montón de servilletas rellenas un brasier 32 A.

Yesica: Nosotras vamos a procurarte amor hasta el final de tu corta vida, sólo tienes que escoger entre una de las dos.

Jesús ya no lloraba. Sólo esbozaba una sonrisa empujando sus cachetes hacia arriba.

Jesús: No puedo decidir en este momento.

Dijo volviendo a fruncir el rostro.

Y prometimos volver al día siguiente, cuando ya tuviera una respuesta.

Pero al día siguiente, cuando fuimos a buscarlo a su casa, no estaba.

Sólo había dejado una carta.

“Queridas Yesica y Ana. Esta es la decisión más difícil que he tenido que enfrentar en toda mi vida. Escoger a una de ustedes, implicaría lastimar a la otra y les digo, desde el fondo de mi corazón, que es lo que menos deseo. Así es que he decidido tomar una decisión con la que espero que estén de acuerdo: las escojo a las dos”.

Y estuvimos de acuerdo. Así es que tuvimos que fijar turnos.

Yesica lo vería martes, jueves y sábado. Y yo lunes, miércoles y viernes. Los domingos nos veríamos los tres.

Un día Yesica me preguntó:

Yesica: ¿Tú ya cogiste con él?

Ana: No, cómo crees.

Yesica: Pues qué tonta. Te va dejar por eso.

Ana: ¿Tú sí?

Yesica: Claro. A su edad ya les aburren los fajes.

Las palabras de Yesica no me dejaron dormir esa noche.

¿Mis fajes eran aburridos? ¿De verdad Jesús me dejaría por eso?

En cuanto salió el sol fui a buscarlo a su casa. Salió en calzones, con la playera a media panza restregándose las lagañas.

Jesús: ¿Qué pedo?

Ana: Jesús, sé que es martes y que hoy no me toca verte, pero tengo algo muy importante que preguntarte.

Jesús: ¿Qué?

Ana: ¿Mis fajes son aburridos?

Jesús: ¿Qué?

Ana: Es que yo nunca he hecho el amor, Jesús, soy virgen. Sé que con Yesica ya coges y que mis fajes te resultan aburridos, pero si piensas dejarme por eso estoy dispuesta a dejar que seas tú el que deshoje mi florecita.

Jesús: No me resultan aburridos tus fajes.

Ana: ¿Me lo juras?

Jesús: Sí.

Ana: ¿Y no prefieres a Yesica porque ya coge?

Jesús: A veces pienso que es una cualquiera.

Ana: ¿Verdad que sí?

Jesús: No voy a presionarte, haremos el amor cuando tú estés lista.

Ana: Qué lindo.

Y esa mañana perdí mi virginidad.

Cuando Yesica se enteró, fue a patear la puerta de mi casa.

Yesica: ¡Baja zorra!

Ana: ¿Qué pasó?

Yesica: ¿Por qué te acostaste con él?

Ana: Tú me dijiste que lo hiciera.

Yesica: ¿Yo?

Ana: Me dijiste que mis fajes eran aburridos.

Yesica: ¡Para que te hicieras a un lado, no para que fuera a tirártelo!

Acompáñame.

Me llevó a jalones hasta la casa de Jesús sin parar de repetir que era una maldita zorra.

Cuando Jesús nos vio por la ventana corrió por una pesa y comenzó a leerla.

Yesica: ¡Baja gordo inculto!

Jesús abrió forzando una sonrisa.

Yesica: ¡Esto no puede seguir así, elige de una buena vez entre una de las dos!

Y por alguna extraña razón, me eligió a mí.

Tardó mucho tiempo para que Yesica volviera a dirigirme la palabra.

Yo vivía en un sueño, ahora podía verlo toda la semana.

Como Jesús se estaba muriendo, yo le llevaba de comer todos los días a su casa y le daba la mitad de mi mesada.

Y como su enfermedad, decía, era producto del estrés, hacía todas sus tareas para que no tuviera que preocuparse por nada.

Pero Jesús no parecía estarse muriendo, cada vez estaba más gordo y rosado de la cara.

Yo creo que ya te salvaste, Jesús, le dije un día.

Jesús: ¿Tú crees?

Ana: Sí. Yo, en cambio, creo que me estoy muriendo. Desde que te doy mi mesada completa no como muy bien y tus trabajos finales no me han dejado dormir en dos semanas. Pero valió la pena. Creo que hemos vencido al cáncer.

Jesús: Tienes razón, hay que celebrar.

Fuimos a una tienda de deportes y Jesús compró un frasco de cloruro de etilo.

Es para anestesiar los golpes, me dijo.

Pero al llegar a la casa lo roció sobre un trapo y lo puso sobre mi boca.

Jesús: Inhala.

Inhalé y sentí un zumbido en mis oídos; luego se me nubló toda la vista. Me dio un ataque de risa que hizo que me doliera el estómago y luego sentí como si me hubieran rociado fuego en las neuronas.

Cuando pude volver en sí, Jesús estaba con la panza desparramada en toda la cama babeando como un San Bernardo.

Y cuando él pudo volver en sí sólo dijo.

Jesús: Poca madre, ¿no? ¿Quieres más?

Luego de un año de estar juntos le pregunté

Ana: Jesús ¿por qué nunca me presentas como tu novia?

Jesús: Porque no me gustan las etiquetas. Uno sabe cuando está con alguien.

Una vez estábamos en un bar.

Una mujer lo estuvo contemplando toda la noche hasta que finalmente se le acercó y le dijo.

¿Tu amiga no se enoja si te saco a bailar?

No soy su amiga, le dije.

Es que es casi como mi hermana, intervino Jesús, nos queremos un chingo.

Y se fue a bailar con ella.

Cuando vi que la chica comenzaba a restregarle el culo a Jesús desde las rodillas hasta el cuello, me salí del bar.

Jesús me alcanzó en la salida.

Jesús: ¿Ya te vas?

Ana: Sí.

Jesús: ¿Por qué?

Ana: ¿Por qué?

Jesús: ¿Por ella? ¿En verdad te vas por ella?

Ana: ...

Jesús: Perdóname. Sólo quería saber que aún podía despertar algo en otras mujeres. Deberías alegrarte por mí, aún puedo.

Esa vez nos fuimos a dormir.
Pero un año después, al terminar de hacer el amor, me dijo:
Jesús: ¿Creo que estoy enamorado de otra, Anita?
Ana: ¿Crees?
Jesús: Bueno, no, estoy seguro. Llevo un año saliendo con ella.
Ana: ¿La del bar?
Jesús: ...
Se subió el pantalón.
Me besó en la mejilla.
Y se fue.
Yo me quedé de rodillas en la alfombra,
Agarrada al borde de la cama,
Con la falda sobre la cabeza como si fuera el penacho de un indio americano.
Mientras su semen escurría por mis piernas,
Dibujando en el suelo una mancha muy parecida a un copo de nieve.

X.

Ana:
Recibo una llamada de mi papá.
¿Cómo salió todo?
Bien tío, ya voy de regreso.
Tomo un taxi al aeropuerto.
Pego la frente al cristal de la ventana.
“Estás bloqueada emocionalmente”
Quizá es que, después de todo, uno no puede tomarse tan en serio un oficio como este.
Cuando comenzaba a salir con Jesús, estaba haciendo una obra y, para variar, no teníamos dinero para hacerla.
Así es que Jesús me consiguió el teléfono de un amigo que tenía el teléfono de un diputado, que quizá podría darnos dinero para producir la obra.
El amigo se apellidaba Campos.
Lo llamamos y nos dio una cita en su despacho.
A mí siempre me ha gustado mucho el teatro, nos dijo.
Campos: Aquí donde me ven, hice una obra de Shakespeare en la preparatoria, Sueño de una noche de invierno.
Ana: De verano.
Campos: No, esta era de invierno, hacía un puto frío que no te cuento.
En fin, dijo, les voy a conseguir que el diputado Becerra los vea para que le entregues la carpeta.
El diputado estaría en la inauguración de un restaurante, precisamente el día que yo tenía un estreno.

Salí tan aprisa como pude, pero llegué 15 minutos tarde.

Campos me esperaba furioso en la entrada.

Campos: ¿En dónde carajos estabas?

Ana: Tenía función. No pude salir antes.

Campos: No puedo creerlo, ¿por una obra de teatro? ¿Llegas tarde por una obra de teatro? Tal vez, no sé, si me hubieras dicho que tu mamá se había muerto, te hubiera creído.

Campos no tenía por qué saber que mi madre había muerto. Pocos los sabían. Así es que no me molestó su comentario.

Campos: Pero, ¿por una obra? No me jodas, para mí esas son pendejadas. Todos los de teatro parecen estar cortados con la misma tijera, por eso nunca llegan lejos, porque sólo ven en chiquito

Así, decía señalando la proporción con sus dedos.

Campos: ¡En chiquito!

Hay que ver en grande, decía ahora abriendo los brazos. Luego los cruzó para preguntarme:

Campos: A ver, dime, ¿quién de los que conoces tiene el teléfono particular de algún empresario o de una persona de gobierno?

Yo conocía a un par de personas, pero como intuía que era una pregunta retórica que formaba parte de todo su regaño, me quedé callada.

¡Nadie! Gritó dando un saltito emberrinchado.

Campos: Uno tiene el teléfono del secretario del secretario del secretario.

Hizo una pausa para acomodarse el copete que le había dejado las entradas descubiertas luego del saltito emberrinchado, y prosiguió.

Campos: Todos los de artes son unos mediocres. Van ahí con su ropita rara, su pelito largo, su regué, sin hacer nada de sus vidas. Todo son relaciones y poder, Anita. Relaciones y poder. Puedes decirme que eres la mejor en lo que haces, pero aquí eso vale madres, aquí se trata de a quién conoces y con quién te llevas.

Yo quería encontrar una oportunidad para interrumpirlo y defenderme.

Para decirle que no tenía derecho a hablar así de nosotros.

Que el suyo era un discurso repetido de arribistas lamesuelas.

Y que si no usaba tanto gel probablemente no sería tan calvo.

Pero no pude. Se me enredaron las palabras en la cabeza y cuando llegaron a mi garganta eran sólo una bola de marañas que me obstruían el aire y me daban ganas de llorar.

Campos: Así es que ahora vas, te arreglas, te acomodas tu pelito y muy amable, muy humilde, le pides una disculpa, ¿me entiendes?

¿Y saben qué hice?

Fui.

El diputado ni siquiera recordaba que tenía que verme.

Le di mi carpeta.

Prometió llamarme.

Pero nunca lo hizo.
Campos me dio una clara dimensión de lo que hacemos, en el mundo.
¿Señorita? Me dice el taxista.
Ana: ¿Qué?
Llegamos.
Miro afuera la entrada del aeropuerto.
Ana: Sí, perdón.

XI.

Ana:
De regreso a México.
Documento mi equipaje.
Recojo mi pase de abordar.
Me cruzo con el de la aduana.
¿Disfrutó su estancia?
No.
¿Por qué no?
Estoy bloqueada.
¿Bloqueada?
Emocionalmente.
No puede viajar con eso, me dice.
¿Qué cosa?
Su bebida.
Es sólo un yakult.
Se lo puede beber aquí, si gusta.

Hay dos cosas que detesto en la vida, la porción tan pequeña del yakult y que mi novio no me haga el amor.
Estoy segura de que son dos cosas que todo el mundo detesta.
Una vez le pregunté a Jesús: Jesús ¿cuánto hace que no me coges?
Jesús: Estoy trabajando Anita.
Me dijo.
Ana: Sí, pero haz cálculo, eso haces todo el día, cálculos, échale cuentas a esto.
Jesús: No sé, ¿un par de días?
Ana: ¡Tres meses, Jesús!
Jesús: ¿Tanto?
Ana: Tanto, Jesús. Esta noche en esta casa se coge a las 10, estés o no estés.
Y estuvo. Tendido en la cama, con la computadora sobre las piernas, pero estuvo.
Bajo el marco de la puerta del cuarto, yo.

Ceñida a mis nalgas, una tanga de hilo dental, moteada como un leopardo, que hacía juego con un brasier push up.

Mis senos desbordantes.

Medias caladas sujetas por un ligero.

Y un rojo carmín en mis labios.

Jesús no representaba propiamente la imagen de un hombre atractivo.

La sábana que llevaba por bóxer y los calcetines azules que le marcaban el elástico en la pantorrilla, lo alejaban del ideal de hombre que una desearía para una ocasión así.

Pero era mi hombre al fin y al cabo y hacía tres meses que no me hacía el amor.

Me miró por encima de la pantalla de la computadora y dijo:

Jesús: ¿Ya, verdad? Déjame nada más mando este correo de la oficina y ya.

Y empezó a escribir tan aprisa como pudo.

Jesús: Ya, mira, nada más le pongo enviar y listo. (Pausa) Listo.

Puso la computadora al lado de la cama y sonrió.

Arrrrrg, le dije, así, como una leona, arrrrrrgg, desde el marco de la puerta.

Y caminé hacia la cama moviendo las manos como si fueran unas garras.

Me sentía bastante estúpida, pero era parte de mi fantasía.

Y justo al llegar a la cama, algo vibra entre sus pantalones.

Su blackberry.

Jesús: Déjame la apago.

Pero nadie, absolutamente nadie, apaga su teléfono sin revisar antes el mensaje que le acaba de llegar.

Jesús: Es Miguel. Nunca me escribe a estas horas. Déjame nada más veo qué quiere.

Me senté en la orilla de la cama, ya no como una leona, sino como una gatita, arqueando el lomo para que la acariciaran.

Jesús: Es de la oficina. No llegó bien el reporte. Déjame nada más lo reenvió.

Tomó su computadora y la volvió a colocar sobre sus piernas.

Yo conocía esa historia.

Jesús: Efectivamente, no se envió. Déjame nada más lo vuelvo a revisar, no vaya a ser que algo esté mal, y ahorita estoy contigo, ¿sí, amor?

De pronto era nuevamente una gatita con la panza de lado lamiéndome las patas, esperando a que alguien le hiciera algún cariño.

Pero algo despertó en mí.

No, yo no sería más una gatita. Era una leona. Una felina salvaje. Una actriz con ropa interior de leopardo que no ha hecho el amor en tres meses.

Me interpose entre él y su computadora e intenté rasgarle la playera con los dientes.

Sólo logré agudársela del pecho pero qué importaba, estaba decidida a hacer el amor y nadie podía frenarme.

Lo besé, le quité los lentes y en seguida metí mi mano en su bóxer buscando lo que era mío.

Jesús: Espérame.

Ana: Ya te esperaré tres meses, guapo.

Me coloqué sobre él y sólo hice a un lado el único hilo que cruzaba entre mis piernas.

Ay cabrón, exclamó Jesús mordiéndose la lengua.

Y comencé a contonear mis caderas sobre él.

Jesús: Déjame ponerme atrás de ti.

Ana: ¿Atrás?

Jesús: Quiero ponerme atrás.

Pero para Jesús existían únicamente dos posiciones, dos posiciones decentes, dos posiciones política, religiosa y pedagógicamente correctas: estar arriba o estar abajo.

A Jesús el perrito le parecía una posición que sólo practicaban los actores de las películas pornográficas.

¿Mi atuendo de leopardo había despertado de pronto su creatividad sexual, su necesidad de experimentación, un arrebató por corromperse política, religiosa y pedagógicamente?

Me coloqué delante de él, clavé mis codos sobre la cama, levanté mis nalgas y dejé que me embistiera como un animal.

Yo era una leona y estaba siendo sometida por el rey de la selva.

Hasta que escuché el teclado de su computadora...

Voltee, y lo vi corrigiendo el reporte de gastos de la oficina, mientras me cogía con un ritmo monótono.

Ana: Si quieres pónmela en el lomo para que estés más cómodo, Jesús.

Y entonces sentí la computadora en mi espalda.

Esa fue la última vez que hicimos el amor.

Tres días después me terminó en su carro.

Me recogió en mi casa para ir a cenar.

¿A dónde vamos? Me preguntó.

No sé, le dije. A dónde tú quieras.

Jesús: Siempre es a donde yo quiero ¿Puede tratarse por una maldita vez de lo que tú quieras?

Ana: ¿Qué?

Jesús: ¿Qué es lo que tú quieres, Anita?

Ana: Que no peleemos.

Jesús: Yo quiero terminar.

Ana: ¿Quieres que terminemos?

(Silencio)

Jesús: Ana, eres una mujer encantadora e inteligente, y cualquier hombre moriría por estar contigo.

Ana: ¿Entonces por qué me terminas? No entiendo tu lógica.

Jesús: De acuerdo, son cosas que uno dice para terminar bien. La realidad es que ya no encuentro un solo centímetro tuyo con el que me sienta compatible.

(Pausa)

Ana: ¿Entonces ya no vamos a ir a cenar?

Jesús: ...

Me bajé del carro.

Entré a mi casa.

Subí a mi cuarto.

Y me senté en la orilla de la cama.

Escuché los segundos en el reloj de mi buró,

Y luego, en la madrugada, le llamé por teléfono,

Pero no contestó.

XII.

Ana:

Entonces pude romper mi promesa.

Y cruzar el Atlántico, para escuchar que estaba bloqueada emocionalmente.

El Atlántico,

Según se viaje,

Le toma a uno, poco más o menos, que 10 horas cruzarlo.

Si se regresa de España a México, como yo,

Emocionalmente bloqueada.

Las horas son 10,

Porque se va en la dirección opuesta a la que gira la tierra.

De ida la tierra huye.

De regreso se acerca.

Aunque una no quiera llegar.

Aunque una quiera permanecer suspendida en medio de la nada.

Cómo carajos no voy a estar bloqueada emocionalmente si fue exactamente lo que me obligaron a hacer cuando tenía cinco años.

Mis papás...

Mis tíos, quiero decir.

Mis papás. Mis tíos. Mis papás, qué importa ya. Mi abuela nos prohibió decirles papás a mis tíos. Pero uno, cuando es niño, tiene la necesidad de decirle mamá y papá a alguien.

Y después, en la escuela, uno tiene la necesidad de decir que tiene mamá y papá.

Porque todos los niños tienen mamá y papá.

Aunque algunos los tengan en casas separadas.
Aunque algunos sólo tengan uno.
Pero nosotros no teníamos a nadie.
La primera vez que dije en la escuela que no tenía papás, todos se burlaron de mí.
Desde entonces llamo papás a mis tíos.
Aunque la abuela no nos deje.
Porque las palabras mamá y papá las usamos muy pocas veces.
Porque no tenía más de cinco años cuando mi abuela entró al cuarto a decirnos a mi hermano y a mí que nuestros papás habían muerto.
Y luego cerró la puerta y no nos dejaron salir, y sólo escuchábamos llorar a todos en la sala.
Yo me había enojado con mi papá porque no me había dejado ir a un campamento.
Y le había prometido que nunca más le volvería a hablar.
Pero cuando se me pasó el enojo yo quería romper esa promesa.
Y mi mamá me dijo que ella me diría cómo romper una promesa.
Pero no alcanzó a decírmelo.
Ahora no sabíamos ni dónde estaban.
No había quien nos diera razón de ellos, ni de nada.
Sólo sabíamos que habían muerto abrazados, nada más.
En el entierro no nos dejaron llorar porque no había razón para llorar, porque ellos ya estaban en el cielo, decían.
Y después nos fuimos a vivir con mis tíos.
Mi tía tenía guardado un periódico en el horno de la estufa.
Al desdoblarlo se veía la foto de un auto estrellado contra una casa, de costado, como si alguien lo hubiera aplastado.
La pared cuarteada.
El carro hecho un montón de fierros doblados.
Chofer deja estacionado camión sin ponerle freno de mano, dice la noticia.
Mis papás esperaban la luz verde de un semáforo cuando vieron venir contra ellos un camión de reversa, pendiente abajo.
Apenas debieron tener tiempo para abrazarse.
Tan fuerte, que lo difícil, decía el diario, había sido separarlos para poder sacarlos.
Había algo de romántico en su muerte.
Pero la verdad es que para nosotros sólo significaba que habían muerto, nada más.
Que a partir de ese momento no tendríamos más papás.
Y que debíamos guardar el secreto, para no ser la burla de nadie.
Jamás lloramos.
La muerte, decía mi abuela, le toma a uno entenderla toda la vida.

Pero nosotros tuvimos que entenderla a los cinco años.
Y luego tuvimos que ignorarla.
Luego tuvimos que encerrar el recuerdo, como si jamás hubiera ocurrido.
Una vez, cuando cumplimos un mes en casa de mis tíos, mi hermano pidió una escalera.
Quiero una escalera, decía.
José: ¡Una escalera!
Ana: ¿Para qué quieres una escalera?
José: Para subirme a la azotea.
Ana: Tía, mi hermano quiere subirse a la azotea.
Tía: ¿A la azotea?
Sólo mi tío entendió lo que estaba pasando.
Los demás no podíamos entender que un niño quisiera suicidarse.
Pensamos que eran cosas que sólo hacían los adultos.
No dejen sólo al niño, dijo mi tío.
Tía: ¿Por qué?
Tío: ¡Con una chingada, no lo dejen solo!
Fue al cuartito que había atrás,
Donde guardaba las herramientas,
Y sacó de ahí una escalera que hizo pedazos con un machete y un martillo.
Los pedazos de madera que quedaban, los recargaba en la pared y los tronaba con el pie.
Mi hermano lloraba asomado desde la ventana de su cuarto.
José: ¡Mi escalera!
Gritaba.
José: ¡No rompan mi escalera!
Mi tío mandó entonces poner protecciones a todas las ventanas
Sacó todos los cuchillos, tijeras y fierros filosos de la casa.
Detergentes, insecticidas y medicinas.
Echaba llave al cuarto de mi hermano durante la noche
Y decidió que no fuera a la escuela durante un par de meses.
Pero mi hermano sólo repetía que quería una escalera
Y cuando se la negaban se encerraba en su cuarto y lloraba durante horas.
Un día escuchamos sus pasitos arriba de los cuartos.
Y mi tío, en plena madrugada, salió gritando ¡José! ¡José!
Tío: ¡Quédate ahí mijo!
Salió por el mismo cristal de la ventana que mi hermano había quitado de su cuarto y se trepó a la azotea.
José ya estaba en el borde, en una esquina.
Mi tía y yo estábamos viendo desde el patio, pero ella nada más lloraba y se tapaba los ojos.
Quédate ahí mijo, le decía mi tío, mientras se acercaba bien despacito.

Tío: Quédate ahí.

Hasta que escuchamos a mi hermano que decía:

José: ¿Mamá? ¿Me escuchas?

Yo entonces pensaba que los señores no lloraban.

Pero mi tío se tiró en el suelo y se puso a llorar como mi hermanito cuando le negaban su escalera

También pensaba que uno sólo lloraba cuando le dolía algo o cuando estaba muy, muy triste.

Pero mi tío lloraba y se reía, como si se sintiera aliviado por algo.

Al cabo de un rato cargó a mi hermano y le dijo

Tío: Lo que necesitamos es un radio, José.

Desde entonces subíamos los domingos y hablábamos con mi mamá desde un woki-toki.

Yo tardé mucho en descubrir que con quien hablábamos era con mi tía escondida en el baño.

Nunca se lo dije.

Mi tío hacía de mi papá, hasta que un día nos dijo que no habría más llamadas desde el cielo.

¿Por qué? Le preguntó mi hermano.

Tío: Porque no podemos descansar si nos siguen hablando. La vida se trata de soltar mijo, le dijo.

De soltar.

Pero José no entendió que quería decirle.

O sea que sale bien caro llamar desde acá mijo, le dijo para acabar pronto.

Pero yo sí entendí lo que había querido decir mi tío.

Lo entendí tan bien, que desde entonces lo que no he podido es mantener agarrado nada.

Todo lo suelto.

Otro Jesús pasará.

Otro casting.

Otro segundo.

Otro día.

Sólo quedan los momentos.

La camisa arrugada de un último abrazo.

Un hombre corriendo pendiente abajo.

Una pala de tierra sobre un féretro.

Un periódico en la estufa.

Los pasos de un niño en la azotea.

Una jacaranda deshojada.

Un tabique roto.

El reflejo del cristal de una ventana.

El minuto 72 de una película.

La puerta de una audición.
Los codos clavados en la cama.
La espalda arqueada.
Y el culo echado hacia arriba.
Un hombre leyendo una pesa.
Un saltito emberrinchado y un copete alborotado.
Una promesa rota.
Un avión sobre el Atlántico.
Las ciudades pequeñas en el fondo.
El golpe de un sello sobre mi visado.
El sol a través de la ventana de la sala de audición,
Expirando lentamente.
Lentamente.
La botellita de un yakult vacío.
Una mujer suspendida en el aire.
Una lágrima oscilando en su mentón,
A punto de caer.
Sólo quedan los momentos.
Como fractales.
Repitiéndose hasta el infinito.
Hasta el infinito.
Hasta el infinito.

Alejandro Ricaño. Correo electrónico: alejandroricano@hotmail.com

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires, 2013.

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar.

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar